

pico de los demolidores y la han trasladado á carretadas á los buques de chalanes y de mercaderes de granito; se ha convertido la capital en malecon, iglesia y palacio. Toda aquella crestería de escollos se empleó en Lóndres.

Las prolongaciones de las rocas en el mar, con sus quebrajas y dentellones, son verdaderas cadenas de montañas en miniatura, y verlas nos causa la impresion que debe experimentar un gigante cuando mira las cordilleras de montañas. El idioma local las llama Banques. Estas Banques tienen diferentes figuras: unas se asemejan á una espina dorsal, de la que cada roca es una vértebra; otras afectan la forma de un arete de pescado y otras la de un cocodrilo que está bebiendo.

A la extremidad de la Banque del Bú de la Calle habia un enorme peñasco que los pescadores llamaban el Cuerno de la Bestia. Aquella roca era una especie de pirámide. Cuando la marea estaba alta, el agua la separaba del Banque y el Cuerno se quedaba aislado. Estando la marea baja, se podia llegar allí por el istmo de rocas practicables. Lo curioso de esta roca era que por la parte del mar tenia la forma de una silla, de una verdadera silla natural, construida por las olas y pulimentada por las lluvias. Pero era una silla traidora. El que pasaba por allí se sentia arrastrado hácia ella, la silla le convidaba á sentarse: formaba una especie de nicho en la fachada, cortada á pico de roca; era fácil trepar á aquel nicho, porque el mar, que lo talló en la roca, dispuso y ordenó cómodamente una especie de escalera de piedras planas: el abismo ofrece sus agasajos, pero no hay que fiarse de él; el que pasaba por allí subia á la silla y se sentaba; allí estaba muy bien: tenia por asiento el granito desgastado y redondeado de espuma; por reclinatorio para los codos dos fragosidades que parecian hechas expresamente, y por respaldo la muralla alta y vertical de la roca, que se veia y se admiraba por encima de la cabeza: desde aquel asiento todo se olvidaba; desde allí se descubria la inmensidad del mar; se veian á lo lejos los buques que se acercaban ó partian, se podia seguir con la vista una vela hasta perderse más allá de los Casquets; el hombre estático miraba y gozaba, sintiendo las caricias del céfiro y de las olas. El que llegaba á sentarse y á contemplar el mar, oia el viento y le dominaba el sopor del éxtasis. Es verdadera

voluptuosidad cerrar los ojos cuando están llenos y saturados de un exceso de belleza y de luz. De pronto el que se sentó allí se despertaba, pero se despertaba tarde; la marea habia subido poco á poco y el agua envolvía la roca.

El hombre estaba perdido.

El mar que sube es un bloqueo terrible. La marea crece al principio insensiblemente y despues con violencia. Al llegar á las rocas se encoleriza y arroja espuma. Para salvarse de las rompientes no basta muchas veces saber nadar; grandes nadadores se han ahogado en el Cuerno del Bú de la Calle.

En ciertos sitios y á ciertas horas, mirar el mar es como aspirar un veneno. Es como, algunas veces, mirar á una mujer.

Los antepasados de los actuales habitantes de Guernesey llamaban á este nicho que el oleaje abrió en la roca la Silla Gild-Holm-Ur, ó *Kidormur*. Dícese que esta palabra es celta, pero los que saben este idioma no la comprenden, y la entienden los que saben francés, *Quidort-meurt*. El que duerme muere.

Tal es la tradicion del vulgo.

Hay en Auriny otra silla del mismo género y que se llama la Silla del Monje, tambien construida por las olas, y con prominencia tan bien colocada, que pudiera decirse que el mar quiso poner un taburete á los piés de la silla.

Cuando la marea estaba alta desaparecia la Silla Gild-Holm-Ur, cubriéndola el agua enteramente. Gilliatt se sentaba en ella con frecuencia, no para meditar, sino para soñar; pero no se dejaba sorprender por la marea.

LIBRO SEGUNDO.

Mess Lethierry.

I.

Vida agitada y conciencia tranquila.

Mess Lethierry, hombre muy notable en Saint-Sampson, era un marinero terrible. Habia navegado mucho. Fué grumete, velero, gaviero, timonel, contramaestre, jefe de tripulacion, piloto y patron. Luego llegó á ser armador. Conocia el mar perfectamente. Era intrépido para los salvamentos, y cuando reinaba la tempestad se paseaba á lo

largo de la playa examinando el horizonte.

Qué se vé allá abajo? Alguno que está en peligro. Una balandra de Weymouth, un místico de Auriny, una polacra de Corseulle ó un yacht de un lord; ya fuese inglés, ya francés, ya pobre, ya rico, aunque fuese un diablo, nada le importaba: Mess Lethierry se embarcaba, llamando á dos ó tres hombres resueltos, ó sin ellos; acudía él con su tripulación, soltaba la amarra, cogía el remo, se lanzaba á alta mar y volaba hácia el peligro. Desde lejos se le veía como arrebatado por las rachas, de pié sobre el buque, empapado con el agua del chubasco, y á la luz de los relámpagos, con el aspecto de un león que tuviera la melena de espuma.

Pasaba así algunas veces todo el día entre el oleaje, el granizo y el viento, acercándose á los buques naufragos, salvando los cargamentos y disputándose los á la tempestad. Por la noche volvía á casa y se entretenía en hacer un par de calcetines.

Llevó esta vida durante cincuenta años, desde los diez á los sesenta. A los sesenta echó de ver que con un solo brazo ya no podía levantar el yunque de la herrería de Varclin, que pesaba trescientas libras, y poco despues fué víctima de los reumatismos. Tuvo, pues, que renunciar al mar. Pasó entonces de la edad heroica á la edad patriarcal, y no fué ya más que un buen hombre.

Llegó al mismo tiempo á los reumatismos y á las comodidades de la vida.

Estos dos productos del trabajo suelen vivir en compañía. El que llega á rico se queda paralizado; este es el remate de la vida. El hombre dice entonces: Ahora gocemos.

En Guernesey, como en casi todas las islas, la población se compone de hombres que han pasado la existencia en dar la vuelta al rededor de su campo y de otros que han pasado la suya dando la vuelta al rededor del mundo.

Constituyen dos clases de trabajadores: los de la tierra y los del mar. Mess Lethierry era de los últimos. Sin embargo, conocía la tierra; llevó también penosa vida de trabajador. Había viajado por el continente. Trabajó algún tiempo de carpintero de navío en Rochefort y despues en Cette. Había trabajado también en los aparatos de extracción de aguas de las salinas del Franco-Condado. Era un hombre honrado que llevó la vida de aventurero. En Francia apren-

dió á leer, á pensar y á querer. Se ocupó de muchas cosas y de todas ellas extrajo la probidad; pero su naturaleza en el fondo era de marinero. Creía que el agua le pertenecía, y solía decir:

—*Los peces están en mi casa.*

En resumen: toda la existencia, excepto dos ó tres años, la entregó al Océano; fué echado al agua, como él decía. Navegó en los grandes mares, en el Atlántico y en el Pacífico, pero prefería el mar de la Mancha. Decía siempre con entusiasmo que había nacido en el mar y en él quería morir. Despues de haber hecho dos viajes de circunvalación regresó á Guernesey, de donde ya no pensaba salir nunca.

Desde entonces sus viajes se reducían á ir á Granville y á Saint-Malo.

Mess Lethierry era de Guernesey, es decir, normando; es decir, inglés; es decir, francés. Pertenecía á esa cuádruple patria que está sumergida y ahogada en el Océano, que era su gran patria.

Toda su vida y en todas partes había conservado sus costumbres de pescador normando, lo que no le impedía en algunas ocasiones abrir un libro viejo, recreándose en su lectura, para saber los nombres de los filósofos y de los poetas, y chapurrar algunas veces varios idiomas.

II.

Las manos blancas.

Billiatt era salvaje. Mess Lethierry era salvaje de otro modo; tenía sus elegancias; era descontentadizo y difícil con las mujeres.

Siendo adolescente, oyó decir al bailío de Suffren:

—*Es una hermosa joven. ¡Lástima es que tenga las manos tan grandes y tan coloradas!*

En todas las materias, cuanto dice un almirante es una voz de mando; es un oráculo que dá consignas.

La exclamación del bailío de Suffren hizo á Lethierry delicado y exigente cuando se trataba de manos pequeñas y blancas. Las suyas eran anchas espátulas de color de caoba, mazas para la ligereza y tenazas para las caricias.

No se había casado; no quiso ó no encontró con quién, sin duda porque siendo marinero tenía las pretensiones de dar la mano á una duquesa, y manos de duquesa no se encuentran entre las pescadoras de Portbail.

Se refería, sin embargo, de él que en Rochefort tropezó con una costurera que realizaba su ideal. Era una hermosa joven con manos preciosas. Meditaba y se rascaba la cabeza, porque necesitaba andar con piés de plomo. Las uñas de la costurera, exquisitamente limpias, no tenían pero; entusiasmaron á Lethierry y le inspiraron cierto recelo; temiendo no ser algún día dueño de su querida, resolvió no casarse con ella.

Lethierry poseía en materia de amor ó de amoríos cierta gramática parda, cierta filosofía de brocha gorda, cierta discreción de marinero enamorado, pero nunca esclavizado, y se jactaba de que en su juventud nunca le había vendido ningún guardapiésillo. Guardapiésillo se llamaba entonces lo que hoy se llama zagalejo; quería, pues, decir que nunca le había dominado ninguna mujer.

Los rudos marineros del archipiélago normando son muy despejados; casi todos saben leer y leen. Los días festivos se ven grumetes de ocho años, sentados sobre un rollo de cuerdas, con un libro abierto en la mano.

Los marineros normandos son siempre sarcásticos y tienen felices ocurrencias. El audaz piloto Quidipal dirigió á Montgomery, refugiado en Ferry, despues de la desgraciada lanzada que mató á Enrique II, este apóstrofe: *La cabeza loca ha roto la cabeza vacía.*

III.

La antigua jergonza náutica.

Los marineros de los Chasmel-Jislands son los verdaderos galos antiguos. Estas islas, que actualmente se anglicanizan con rapidez, permanecieron durante mucho tiempo autónomas. El campesino de Serk habla la lengua de Luis XIV.

Cuarenta años atrás oían hablar á los marineros de Jersey y de Auriny el idioma marítimo chino. El que los escuchaba se creía transportado á la marina del siglo diez y siete.

Hubiera podido entonces estudiar un arqueólogo especialista el antiguo patois de maniobras de batalla que rugía Juan Bart en la bocina que aterrorizaba al almirante Hidde. El vocabulario marítimo de nuestros padres, renovado casi enteramente en la actualidad, se usaba aun en Guernesey en 1820.

Un buque que andaba bien á la bolina y ceñía bien el viento, se llamaba *bon baulinier*; un buque que casi por sí mismo tomaba su posición favorable al viento, á pesar de su gobernalle y de sus velas de proa, se llamaba *un vaisseau ardent*. Empezar á moverse era *prendre aire*; estar á la capa era *capeyer*; amarrar el cabo de un cable en banda, era *faire dormant*; tomar el barlovento, era *faire chapelle*; estar agarrado al cable, era *faire teste*; haber motín á bordo, era *etre en patenne*; formar viento las velas, era *porter-plain*. Nada de eso se dice actualmente. Ahora se dice bordear (*lonvoyer*), entonces se decía: *leamoyer*; se dice: navegar (*naviguer*), se decía: *naviger*; se dice: virar hácia el viento (*virer vent devant*), se decía: *donner vent devant*; se dice: avanzar (*aller de l'avant*), se decía: *tailler de l'avant*; se dice: halad (*tirez d'accord*), se decía: *halez d'accord*; se dice: quitad el fondo (*derapez*), se decía: *deplantes*; se dice: tirad (*cupraquez*), se decía: *abraquez*; se dice: barrotes (*taquets*), se decía: *bittoni*; se dice: bureles (*lurins*), se decía: *tappes*; en lugar de *elonger* (ponerse á lo largo), *alonger*; en lugar de *forte vrise* (viento fresco), *surven*; en lugar de *jonail* (cepo del ancla), *jas*; en lugar de *sonte* (pañol), *forse*; tal era á principios del siglo la jerga que se hablaba á bordo de las islas de la Mancha. Oyendo hablar á un piloto de Jersey, Anjo se hubiera conmovido.

Mientras en todas partes las velas *fa-seyaient* (flameaban ó relingaban), en las islas de la Mancha *barbe yaient*. Una *sante-devent* (bocanada de aire), es una *folle vente*. Allí no se empleaban más que las dos especies góticas de amarradero, la veldun y la portuguesa. Solo allí se oían las antiguas voces de mando: —*Tour-et-choquel*—*Bosse et bittel*! Un marinero de Granville decía ya *le clan* (la cajera reclama), cuando un marinero de Saint-Aubin ó de Saint-Sampson decía aun *la canal de pouliot*. Lo que se llamaba *bout d'uleuge* (cabo de urnicrin) en Saint-Malo, se llamaba en Saint-Lepier *oreille d'ane*; Mess Lethierry, lo mismo que el duque de Vivonne, llamaba á la curvatura cóncava de los puentes ó cubiertas *le tonsure*; al escoplo del calafate *le pata-rasse*.

Con este extraño idioma entre dientes, Duquesne batió á Ruyser, Ducnay Troinin á Wasmaer, y Tourville en 1681 ancló á mitad del día la primera galera que bombardeó á Argel. En la actualidad es una lengua muerta. La jergonza